

ARGAMAZA

WALESA ESCUECE

De todo cuanto nos dicen que acontece en el otrora llamado mundo socialista, nada nos ha causado tanto estupor como las declaraciones que diera Lech Walesa, en su inesperada y breve visita a Caracas, con ocasión de asistir al Congreso Mundial del Trabajo, inaugurado en Caracas el 20 de noviembre.

La verdad es que no merecíamos tanto. No vemos razón alguna para que Caracas, esta ciudad perdida en el Caribe, donde moramos hombres para quienes el socialismo real no ha sido nunca nuestro problema fundamental, donde se cuentan por centenas (en el más socialista de los cálculos), los hombres a quienes le sea familiar la figura del fundador del socialismo en el planeta, haya sido escogido como escenario para espetarnos su ruda confesión: "Y a Lenin lo hemos sacado a patadas". Y tampoco es muy gentil para quienes lo acompañaron a estas tierras (el presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, Antonio Ríos y la tripulación del minijet de un empresario venezolano residenciado en Estados Unidos), el declarar, veinticuatro horas después, que había dos Venezuela, la del hotel donde se hallaba y la que podía ver o adivinar desde ese Hotel. Y, lo que escuece a los otros,

decir "Jamás quisiera que esas condiciones existan en Polonia".

La quemadura que nos deja el lenguaje rudo del fundador de Solidaritat e inspirador, según se dice *Urbi et Orbe* de la Perestroika, es, pues, una quemadura nacional. A los unos nos duele el atrevimiento de ocuparse con tan poca elegancia de un hombre que jamás se metió con nosotros y de quien se dice que no es para nada culpable de cuanto acontece en su país ni en los países que el suyo ha controlado. A los otros —con toda seguridad la inmensa mayoría— les duele, en cambio, que Walesa no encuentre en Venezuela un modelo a seguir.

Pero Walesa no es un agresor de oficio (Si lo fuera, Dios mío, hoy no estaría en el poder, como el mismo lo ha recordado). Es un obrero polaco. Y como tal nos ha hablado. Como obrero, nos dió unos cuantos consejos: "Honestamente, agarren lo máximo, pero no estrangulen al sistema dentro del cual trabajan, o sea, la fábrica, la empresa (y se le olvidó decir, como buen obrero, la universidad) donde trabajan". "Hay situaciones que son como cuando uno tiene los pies hinchados y no puede ponerse los zapatos" (nos atreveríamos a concluir: es mejor, en esas condiciones, votar los zapatos que cortarse los pies). Como polaco, Walesa fue lo más condescen-

diente posible: nos recordó que "el mundo pertenece a todos y no sólo a los Estados Unidos", nos tranquilizó diciendo que "En ningún país la situación es tan buena que no pueda mejorar". Y nos ofreció, cosa esperada, su solidaridad: "Como ustedes son fantásticos, estamos dispuestos a sacrificarnos en su favor".

¿Qué hay de reprochable en todo esto? Una sola cosa: Walesa nos deja en tres y dos: ¿es comunista o anticomunista? ¿Para donde quiere ir en este planeta, si deja el comunismo y rechaza el capitalismo?

Estrictamente, de cuanto ha dicho y hecho el obrero de Dansk, no podemos concluir sino algo que nos escuece aún más: ya no podemos seguir pensando en términos binarios: o capitalismo o comunismo; o dólares, mujeres bellas y turismo o austero sacrificio para construir un mundo nuevo. Walesa nos ha invitado a pensar con nuestra propia cabeza, como quizás él lo hizo en aquellos largos años (que comenzaron en la época de Breznev, el invasor de Checoslovaquia). Podríamos, entonces, perdonarle que con una expresión digna, según se dice, de la fineza polaca, nos dijera que ya no era en los cuarenta tomos de la obra de Lenin donde había que buscar solución a los problemas actuales de Polonia (por lo demás, no tan diferentes a los nuestros). Y podíamos comprender, igualmente, que le aterre salir de un tunel para entrar en otro.

Casi nos atreveríamos, a pesar de nuestro propio asombro, a desearle larga vida y que tenga éxito en la búsqueda de un camino que mucha gente espera para que él siga trazando.

